

COMENTARIO DE VIEJA FOTOGRAFÍA EN SEPIA DE RAFAEL GUILLÉN

F. MORALES LOMAS

Vieja fotografía en sepia lleva ya de por sí un título muy alusivo a lo que el lector puede encontrar en el interior del poema. El paso del tiempo sobre las imágenes y el color de este paso semejante al cefalópodo que da su nombre. El paso del tiempo sobre la imagen y también sobre la memoria.

Construido sobre siete estrofas en ellas realizada un recorrido desde la fijación del instante de la imagen hasta ese verso final en el que la imagen prevalece sobre el resto del mundo.

Guillén define ese tiempo breve, instante, que se define negativamente: ni glorioso, ni con el aura de haber sido elegido al azar. Los momentos de la vida generalmente no suelen ser gloriosos sino anodinos y singularmente azarosos salvo los que determinamos con precisión. Ni azarosos ni gloriosos, dos términos en los que Guillén fija ese instante. Y se pregunta a sí mismo: “¿Qué mejor elección?”. Obviamente se refiere a ese momento de fijar el estado de un instante en la vida de cualquier persona que ha quedado definitivamente determinado para un tiempo dilatado. Sabemos que la imagen es una “dulce muchacha endomingada”, en clara alusión a su atuendo de fiesta dominical y a la expresión de afabilidad, bondad o afecto de su rostro. La mirada de ella va más allá del momento en que se observa y, en consecuencia, es una mirada que ha pervivido durante años y por esta razón el poeta observa con precisión que “miraba desde detrás del tiempo” (evidentemente en alusión metafórica al paso del tiempo transcurrido. A medida que el poema avanza vamos conociendo más detalles de la fotografía de la dulce muchacha y uno de estos es su sorpresa ante su estado, quizá porque en el instante de fijar la imagen no había constancia del momento pues había un gesto que se iniciaba que permitía una incomprensión de por qué se había fijado esta imagen.



La temática de los gestos ha sido precisa en la obra de Guillén. Como decíamos en nuestra obra *Ser un instante*, donde estudiábamos la poesía de Guillén. Un segundo ciclo poético, que el escritor ha querido diferenciar *ex profeso* del resto de su producción, tendría en *El Gesto* (publicado en 1964 pero

comenzado a elaborar en 1958) el comienzo de una singladura diferenciada con la conformación de una trilogía que incluye además *Gesto segundo* (1972) y *Tercer gesto* (1967). Pero ¿qué es el gesto que preside esta trilogía? El ser humano solo posee gestos, señas o aspavientos ante el mundo. El ser humano no es nadie, no es nada. Su respuesta ante el universo solo se puede sostener en una pequeña mueca, en un gesto: “Sólo me queda un gesto, en esta oscura/conciencia que aún confía en lo imprevisto”. Al respecto de ese sentido del gesto, decía Uceda:

El término *gesto* podría significar actitud moral, pero en Guillén denota acto o movimiento del cuerpo. Para que éste se perciba como tal, necesita un espacio en el que realizarse y unos ojos que lo reconozcan en el espacio y en el tiempo. Gesto arrastra, además, la connotación de masa, de volumen y por tanto de forma. Su opuesto es lo hueco -ya señalado en la introducción (de *Los alrededores del tiempo*) por José Luis Cano-, la oquedad como vacío más que como espacio, a la que el poeta da también realidad visual y temporal. Gesto y oquedad se constituyen así en símbolos personales del poeta granadino¹.



En ese ámbito preciso debe interpretarse el gesto de la dulce muchacha sorprendida ante la fijación de su imagen en una fotografía. Pero frente a la fijación de la imagen, la

detención del tiempo en la memoria, Guillén nos habla de la libertad del gesto, de otras dimensiones temporales. Como si el gesto, el movimiento gestual continuara su propio camino independiente del ser en sí del que lo proclama, “escapando del milagro de aquel instante”. Esta interpretación que nos propone Guillén forma parte de su visión en torno a la realidad, que va mucho más allá de lo que observamos. Esta especial concepción de lo real conecta su lírica con las nuevas vertientes del pensamiento que se ha desarrollado con fuerza en los últimos cincuenta años, la lírica que conecta con los descubrimientos de la ciencia y de una nueva forma de mirar la realidad:

¹ J. Uceda, “La poesía de Rafael Guillén”, *Ínsula*, núm. 514. Madrid, octubre 1989.

Al aceptar que no existe el tiempo, que la materia es inteligente, que mente y materia son distintas manifestaciones de un algo común, que existen universos paralelos, que hay una velocidad superior a la de la luz... el mundo en torno cambia. Rafael Guillén está contribuyendo con su obra a que comiencen a reverberar en nosotros estas nuevas dimensiones, y a que, gracias a la carga emotiva de sus textos, comiencen a ser integradas en la vida diaria².

Esta constatación que tiene que ver mucho con el concepto de estética cuántica y su especial observación del hecho en sí nos permite adentrarnos por una lírica conceptual que indaga con solvencia en todo aquello que aparentemente no es realidad (una apariencia sensible) pero que lo constatan el pensamiento y los sentidos:

Una poesía siempre abierta a la capacidad de sugerencia de la palabra con la que pretende organizar una particular visión del mundo y la existencia, pero nunca como proceso de reducción sino de amplificación consciente. Esta especial concepción de lo real lo conecta con las nuevas vertientes del pensamiento que se ha desarrollado con fuerza en los últimos cincuenta años, la lírica que conecta con los descubrimientos de la ciencia y de una nueva forma de mirar la realidad³.

Continúa con la descripción de la imagen que proyecta la fotografía y sabemos que ella estaba junto a un escaparate con cristales que desdoblaban la calle y “se iba por el reflejo”. Una sensación sugerente en el que la imagen puede ser a su vez absorbida por el reflejo del cristal. Y dentro del escaparate una serie de objetos: floreros, porcelanas, reloj. Cada uno con su especial suspensión en un pasado periclitado. Los floreros tildados de esbeltos, las porcelanas, curiosamente son tiernísimas, en el sentido de delicadas y la imagen del reloj que fija “la hora exacta del olvido”, porque es evidente que ha perdido su función al quedar en una instantánea.

En ese orden de cosas, el poeta sigue con la descripción de otros elementos o detalles que se percibe en la fotografía, en la izquierda de la fotografía se percibe la lluvia porque “llovía dentro de la fotografía” y la soledad manifiesta de la calle, los balcones “cerrados”, los árboles “borrándose en la niebla”. Y al fondo, la bella metáfora alusiva a la llegada del otoño: “se entreabrían las puertas del otoño”.

² G. Morales, "Principio de incertidumbre. Rafael Guillén", en *El Faro* de Motril, 4 de junio 2002.

³ F. Morales Lomas, “La vital transparencia de Rafael Guillén” en *Rafael Guillén, Quince poemas cercanos al misterio*, Aula de Literatura José Cadalso, Fundación Municipal de Cultura Luis Ortega Bru, San Roque (Cádiz), marzo 2007, pp. 3-5.

Considera el escritor que la imagen que proyecta la fotografía puede ser definida como un asentamiento, una fijación precisa de esa especie de instante que se califica con tres adjetivos connotativos precisos: desvaído (apagado o que ha perdido la fuerza); altivo (como un signo de afianzamiento en el tiempo; todas las fotografías, al permanecer generan esa sensación de altivez, de soberbia o de engrimiento) y tenaz (la imagen concede una eternidad en su duración, de ahí su resistencia).

En la última estrofa recoge el postrero instante en el que esa fotografía vieja en sepia, como una especie de imagen que conforma o reafirma la pequeña luz existente nos advierte del gesto de esa muchacha que va a volver la esquina en “apenas penumbra”. Juego de luces y sombras mientras la sombra del otoño se acerca. Y el último instante, el último estertor que nos queda es su mirada de desvalimiento, de desamparo o socorro. Y esa mirada es la que nos queda finalmente fijada cuando el resto, lo que se presiente e a su alrededor va desvaneciéndose. Una bella imagen de pérdida, muy fílmica que restaña el valor simbólico del olvido y nos reconcilia con el pasado a través de una imagen precisa de una muchacha joven.